

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 10, 2001-2002

Fascismo, nacionalismo y concepción de la historia. El mito de Uriburu y la memoria del primer golpe de estado argentino

Federico Finchelstein

pp. 118-129

Fascismo, nacionalismo y concepción de la historia.

El mito de Uriburu y la memoria del primer golpe de estado argentino

Federico Finchelstein

EL objetivo de este texto* es analizar las dimensiones simbólicas del fenómeno nacionalista argentino: entender cómo, a principios de la década de 1930, a partir de la figura mítica del recientemente fallecido Gral. Uriburu y del Golpe de Estado del 6 de Septiembre de 1930 por él encabezado, distintos nacionalistas de derecha vivían y ritualizaban, a través de determinadas prácticas y representaciones, diversas construcciones míticas o inventadas. El estudio de este tipo de fenómenos puede ayudar significativamente a tener una imagen más completa y dinámica sobre las actividades, las experiencias y las identificaciones grupales de los nacionalistas, que generalmente han sido vistas, por una parte de la historiografía, como una masa estática que sólo puede ser analizada a partir de los "postulados teóricos" de algunos de sus intelectuales.¹ Una con-

secuencia problemática de esta vertiente historiográfica es que ha tendido a presentar a los nacionalistas como grupos de elite encerrados en sus propias divagaciones y autorreferencialidades. Más recientemente, otro grupo de historiadores, encabezado por Sandra McGee, Cristián Buchrucker y Alberto Spektorowski, ha preferido enfatizar el carácter fascista de estos grupos y se ha dedicado a estudiar el nacionalismo como un fenómeno masivo, analizando extensa y complejamente su historia política, intelectual y cultural.²

En coincidencia con estos historiadores, este trabajo parte de la premisa de que los distintos grupos nacionalistas, al menos durante los primeros cinco años de la década del '30, se caracterizaban por la adscripción a un colectivo de motivos compartidos y continuamente cambiados. Es la intención de este

Buenos Aires, 1975. Licenciado en Historia en la Universidad de Buenos Aires. Se ha desempeñado como docente en la cátedra de Problemas Mundiales Contemporáneos de la Facultad de Filosofía y Letras/UBA. Actualmente prepara su doctorado en Cornell University. Ha publicado artículos y reseñas sobre el Holocausto, la teoría y la historiografía del fascismo italiano, el antisemitismo, el nacionalismo y el fascismo en Argentina, en libros y publicaciones académicas en Argentina, Brasil, Estados Unidos y Europa. Es compilador del libro **Los alemanes, el Holocausto y la culpa colectiva. El Debate Goldhagen** (Buenos Aires, 1999).

* Agradezco los comentarios de Luis Alberto Romero y Sandra McGee Deutsch a versiones anteriores de este trabajo.

1 Entre los representantes más conocidos de esta tendencia ver Navarro Gerassi (1968) y Zuleta Alvarez (1975).

2 Entre los trabajos más relevantes de estos autores ver McGee Deutsch (1999), McGee Deutsch y Dolkart (1993), Buchrucker (1987), Spektorowski (1990; 1994a; 1994b).

texto demostrar, a partir del análisis de las nociones históricas y míticas del nacionalismo de principios de la década del treinta y de las políticas de la memoria relacionadas con ellas, cómo “el mito del Gral. Uriburu y de su Revolución” ocupaba un lugar preeminente dentro de dicho colectivo de motivos ideológicos.

Uriburu había fallecido el 29 de abril de 1932, dos meses después de dejar la presidencia. Con su muerte se profundizaba el camino de incertidumbre abierto para gran parte de los nacionalistas a partir del fracaso de sus propuestas autoritarias y su consecuente fracaso en el gobierno del país. El general Justo, su sucesor, no contribuyó a calmar esa incertidumbre, pues sus políticas eran juzgadas negativamente como liberales. No obstante, el acercamiento de Justo con la Iglesia Católica hacía dudar a muchos nacionalistas respecto de la posibilidad de oponerse a un gobierno que era visto como una barrera contra el comunismo.

Luego del fracaso de la dictadura del general Uriburu en instaurar una constitución fascista y tras el consecuente alejamiento y muerte de Uriburu en París, los fascistas y nacionalistas argentinos, seguidores fanáticos del dictador, intentan hacer de su repliegue político en el llano un nuevo comienzo que los instaure definitivamente en el poder. En este marco, los nacionalistas se dan a sí mismos un mito fundador uriburista que, haciendo hincapié en la figura del líder fallecido, deforma la realidad política y les presenta la certeza de un futuro imaginario, similar a la realidad europea contemporánea del fascismo italiano y el nazismo alemán.³ El mito de Uriburu es un aspecto central del imaginario nacionalista, define sus objetivos políticos y/o les da forma. Asimismo, el mito corporiza en la figura de Uriburu las virtudes estereotípicas del “macho nacionalista y argentino”.⁴ Así, en un contexto nacional pero también internacional de continua redefinición de las identidades grupales, la figura de Uriburu empieza a ser vivida como un “mito movilizador” y aglutinante, y su obra, el golpe de estado de 1930, como una “Gesta” y una “Revolución”, es decir, como una ruptura con respecto al pasado democrático. Para muchos nacionalistas la acción revolucionaria de Uriburu había devuelto la Argentina a los argentinos; el 6 de septiembre había sido así una suer-

te de segunda fundación de la Argentina, una fecha patria principal con dimensiones simbólicas que fusionaban elementos históricos y elementos lúdicos y cuasimágicos, como se sostenía en Crisol en el tercer aniversario de la “acción uriburista”:

Entramos en septiembre, y no podemos entrar los argentinos en este mes sin la sensación de que entramos en el mes del auspicio. Algo bueno nos ha de ocurrir en este mes, a lo mejor se ensanchan los mercados para nuestros productos, a lo mejor nuestra moneda readquiere su valor exacto. Porque entre los doce del año este es como una mascota. No en vano se selló en él algo como la segunda independencia de la República.⁵

Con palabras similares, Juan E. Carulla se preguntaba en términos retóricos, exactamente un año antes: “¿Eramos una nación la víspera del 6 de setiembre de 1930? Innegablemente ese vínculo unificador había perdido su fuerza aglutinante y el espíritu argentino [estaba] debilitado de mucho antes, por las corrientes inmigratorias, cuyo torrente vertiginoso excluyó toda posibilidad de decantación”.⁶ Para Carulla, Uriburu había posibilitado “un renacimiento del espíritu argentino”, mientras que para los miembros de la Legión de Mayo, un importante grupo nacionalista, septiembre merecía un pronunciamiento especial:

La revolución del 6 de septiembre habrá así consolidado sus propósitos en una obra de reconstrucción nacional a la que ningún argentino sinceramente inspirado podrá ser indiferente, y que constituirá ante la posteridad el mejor galardón de un movimiento en el que civiles y militares colaboraron con una decisión y unanimidad que no tiene precedentes en nuestra historia.⁷

Con los mismos sentimientos que animaban a los hombres de la Legión de Mayo, otros muchos nacionalistas redefinían casi compulsivamente la figura y las acciones de Uriburu, para establecer y confirmar discontinuidades entre el momento histórico inaugurado por Uriburu y los períodos precedentes. Estos hombres, a través de sus escritos y, lo que es quizás más importante, a través de prácticas y rituales, intentaban construir una memoria de Uriburu que fuera conducente en términos políticos. Estas políticas de

3 Sobre este tema ver Finchelstein (2000).

4 En este marco los nacionalistas argentinos crean y asimilan originalmente determinados contramitos y antiestereotipos, que definen la figura de un enemigo que no sólo es entendido en términos políticos, pues su negatividad inventada recorre e “infesta” en los discursos nacionalistas todas las esferas de la vida del país. Los comunistas y en menor medida los radicales y el régimen liberal ocupan un lugar en el contramito nacionalista y católico. Los judíos y las judías representan sin embargo el papel central. Sobre este tema en particular ver Finchelstein (en prensa). Sobre el antisemitismo en Argentina en general ver Senkman (1989), McGee Deutsch (1986), Spektorowski (1993). La reciente tesis doctoral de Daniel Lvovich (2001), influida por estos autores, es actualmente el estudio más comprehensivo sobre esta temática.

5 “Valor de Septiembre”, *Crisol*, 1/IX/1933, p. 1.

6 Juan E. Carulla, “Significado de la Revolución de Septiembre”, en *Bandera Argentina*, 6/IX/1932, Suplemento Especial, p. 2.

7 “Por medio de un valiente manifiesto, la Legión de Mayo ratifica su solidaridad con el movimiento de Setiembre”. *Bandera Argentina*, 6/IX/1932, p. 1.

la memoria intentaron (y lograron de forma transitoria) coordinar la acción política del conglomerado o formación informal nacionalista con vistas a un comportamiento coherente en el ámbito más amplio de la esfera pública argentina. El recuerdo de Uriburu intentaba imponer su figura en dicha esfera pública y reafirmaba la unidad del nacionalismo, pues a través de su presencia pública unificada, matizaba la sentida carencia de un liderazgo o una conducción política conjunta y efectiva:

Ahogada por la prensa en general, que no ha tenido una sola palabra de recuerdo para el general Uriburu (...) la rememoración de la luctuosa fecha, realizada en la metrópoli y en toda la República, ha sido de una amplitud tan extraordinaria, que ella sola basta para decir a todos, en qué forma vive el recuerdo del Jefe de Septiembre, y como, al conjuro de su nombre, el nacionalismo está ahí, vibrante, y está ahí el pueblo sano.⁸

El "conjuro de su nombre" era una forma de hacer presente su figura, este ejercicio ayudaba a revivir el pasado reciente en un presente no marcado por la distancia temporal.

Para algunos el general Uriburu había restaurado a la Argentina amenazada "por el enorme predominio del contingente extranjero", representado por los radicales en el gobierno. Gracias a Uriburu el país se había salvado del destino norteamericano que era visto en términos negativos: a una nación que "tuvo por héroes a Washington, Franklin, Lincoln, ha sucedido hoy una república israelita de una amoralidad

total, y de un desconsolador y bárbaro materialismo".⁹ El aniversario del golpe de estado era una efemérides: "Como las fechas de mayo y de julio, así el 6 de septiembre. Es el día patrio más joven que tenemos".¹⁰ Como se sostenía en *Crisol*, este día en el que "surge cada vez más grande desde el silencio eterno la figura de Uriburu", era una expresión de ideología y no solo de sentimientos.¹¹

A pesar de la brevedad de los sucesos del pasado reciente, el 6 de septiembre y la figura de Uriburu eran pensados como fenómenos excepcionales y difícilmente repetibles, vividos en parte también como una experiencia de estremecimiento estético, "jubilosa y doloridamente al mismo tiempo", que unía el pasado reciente con un pasado ultramontano y glorioso: "toda la dramática obra del general Uriburu, intensa en razón inversa de su duración, tiene un sello tan extraordinario,

tan fuera de lo común, que nos lleva estremecidamente a las meditaciones fundamentales del celeste Bossuet".¹² No faltaban tampoco los motivos clásicos en las representaciones históricas del "Héroe" y de su obra. En un ámbito pseudodionisiaco en el cual se escuchaba "un cántico como helénico", rodeado de jóvenes que "fueron su coro" y de mujeres que "fueron sus flores":

Había sonado la hora del General, la hora en [sic] que todo reloj marca para todo héroe, la hora que todo destino reserva a sus elegidos, la hora con que toda historia jalona sus etapas. Vino la empresa, acometida, con la "sencillez brillante de un héroe de epopeya". Todo el cuadro de la revolución podía vaciarse en el molde de un bajo relieve clásico.¹³



8 "La Rememoración de estos días". *Crisol*, 30/IV/1935, p. 1.

9 Emilio J. Samyn, "Significado histórico de la Revolución de Septiembre". *Bandera Argentina*, 6/IX/1933, p. 6.

10 "La fecha". *Crisol*, 6/IX/1934, p. 1.

11 *Ibidem*.

12 "6 de septiembre de 1934". *La Fronda*, 6/IX/1934, p. 3.

13 "¡Si volviera el general!". *La Fronda*, 30/IV/1933, p. 1.

Para los fascistas cordobeses, que “tributaban” su homenaje a Uriburu, el motivo clásico de la civilización grecorromana fusionado con el cristianismo inauguraba la percepción de una nueva era heroica en la cual todos podían participar. Para los fascistas, Uriburu había sido “el alma” de una jornada histórica con la cual se identificaban.¹⁴

La concepción de la acción uriburista como cruzada anticipaba, para el diario católico cordobés **Los Principios**, una metáfora histórica que luego sería recurrente en la percepción de la Guerra Civil Española:

el ilustre jefe de esa cruzada fue por ello y por su actuación en el ejército, un insigne servidor de la nación cuyo nombre permanecerá grabado en el alma de la república con caracteres indelebles, aunque la deleznable condición humana se muestre tan predispuesta a olvidar los hechos salientes de la historia de un país por más recientes que sean.¹⁵

La inserción de Uriburu en el panteón de los próceres argentinos era a todas luces un aspecto importante en el discurso de los nacionalistas; para Raúl Zimmermann Resta, el recuerdo de Uriburu era difícilmente olvidable cuando el país celebraba alborozado “el nuevo aniversario de la Revolución de Septiembre y rinde homenaje a su jefe inolvidable que desapareció de entre nosotros para ubicarse, en razón de su abnegación y de su desinterés apostólico, a la derecha de San Martín”.¹⁶

La comparación entre San Martín y Uriburu era muy frecuente entre los seguidores del mito del segundo. Estos notaban las semejanzas entre ambos generales, que habían muerto en Francia después de haber consagrado su vida a la nación: “Con un desprendimiento de que sólo hay un ejemplo en la historia: el de San Martín”.¹⁷ Uriburu, el “caudillo ilustre”, había sido el jefe de una gesta que sólo tenía un precedente en la Revolución de Mayo; como se planteaba en **La Fronda**, la historia se repetía casi compulsivamente, aunque sólo fuera así en el imaginario nacionalista. Uriburu era también comparado con Lavalle, se comparaban sus espadas y sus proezas,¹⁸ y se pensaba la gesta de Septiembre como una nueva batalla de Caseros, la lucha victoriosa contra una nueva tiranía demagógica, como señalaba Carlos M. Sil-

veyra, antisemita furibundo y líder del pequeño grupo nacionalista Comisión Popular Argentina contra el Comunismo (C-PACC), haciendo referencia en el Círculo Militar al carácter “indeleble” que tenían en la historia argentina sus “tres etapas libertadoras de Mayo, de Caseros y de Septiembre” (Silveyra 1933: 28). La comparación de Septiembre con Caseros había sido contemporánea al gobierno de Uriburu,¹⁹ pero vinculada al culto de éste adquiría una poderosa resignificación que hacía más patente la necesidad de un movimiento nacionalista unificado, como se sostenía en un poema nacionalista:

*La mazorca fue molde de sus klanes [sic](...)
[subversión de todo fue su lema (...)]
No volverán a sobornar los jueces,
ni a trastornar conciencias ambiciosas,
¡Ya basta de Irigoyen y de Rosas,
que pretendan al pueblo pisotear!
(...)
Surja pronto la mano vigorosa
que empuñe de Uriburu la bandera
y termine la gesta generosa
que a trueque de su vida él emprendiera.²⁰*

La muerte de Uriburu era así pensada como parte de su legado. De ella se debía aprender y no bastaba sólo con recordarla. La gesta de Uriburu se pensaba en efecto inconclusa; para Crisol, a pesar del “deceso del gestor y realizador de septiembre, la significación de la fecha se agranda con el tiempo transcurrido. Y no basta el dolor del recuerdo para nublar el entendimiento. En el general Uriburu han quedado claramente definido los perfiles de la Revolución”.²¹ Para un representante de la Legión de Mayo, la gesta de Uriburu tenía una realidad innegable ligada a su “significado trascendental y la comprendemos en toda su trayectoria histórica”:

No conmemoramos, pues, un aniversario más de un hecho pasado e incorporado a la historia como definitivamente consumado (...) recordamos el punto de partida como si quisiéramos renovar en nosotros las virtudes y el idealismo del heroico jefe desaparecido (...) para empaparnos de su espíritu y continuar la marcha hasta el triunfo final sin apartarnos del camino que él nos trazara.²²

14 “El fascio cordobés”. *La Fronda*, 26/IV/1933, p. 1; *Bandera Argentina*, 28/IV/1933, p. 3; *Bandera Argentina*, 2/IV/1933, p. 3.

15 “El general Uriburu”. *Los Principios*, 28/IV/1935.

16 Raúl Zimmermann Resta, “La Revolución y su Jefe”. *Bandera Argentina*, 6/IX/1935, p. 2.

17 “La Historia se repite”. *La Fronda*, 6/IX/1934, p. 1.

18 Juan B. Terán, “Lavalle y Uriburu”. *Bandera Argentina*, 6/IX/1933, p. 3.

19 Ya en 1931 Juan Carulla había sostenido que “parodiando a Alberdi, podría decir que la Revolución del 6 de septiembre es un acontecimiento tan grande como la victoria de Monte Caseros y que sus consecuencias durarán por varios decenios” (Carulla 1931).

20 Federico Basavilbaso, “¡No volverán!”. *Bandera Argentina*, 11/IX/1935, p. 3.

21 Ver *Crisol*, 28/IV/1935, p. 1.

22 J.A. Villegas Oromi, “La Revolución de septiembre en nuestra historia”. *Bandera Argentina*, 6/IX/1934, p. 12.

El recuerdo del “Jefe” era necesario para superar el hecho de que “los argentinos—clase dirigente, pueblo, prensa— atacados de una mortal amnesia” olvidaban las proezas de Uriburu que había salvado a la nación que se encontraba “al borde del caos”:

Un diario de los tantos que salen en Buenos Aires dice ayer “Basta de conmemorar la Revolución de Septiembre” y a renglón seguido recuerda la famosa frase de Joaquín Costa sobre la necesidad de “echarle llave al sepulcro del Cid”. Una cosa es querer y otra poder. Convenimos en que el recuerdo de aquella revolución sea molesto y haga cosquillas a mucha gente que desearía olvidarla. Pero los acontecimientos de esa naturaleza no se borran así no más ni se eluden sus consecuencias por el solo hecho de deseárselo.²³

Entre estas consecuencias, en *Bandera Argentina* se señalaban dos de suma importancia para comprender aspectos centrales de la compleja forma mentis nacionalista: una de ellas se relacionaba con la historia del país y el profundo e irrevocable punto de inflexión que se creía había provocado la breve obra nacionalista del Héroe:

sólo hubo después de la emancipación dos grandes revoluciones triunfantes: la de Urquiza y la de Uriburu. Las dos dividen la historia argentina: antes de Caseros y antes de Septiembre. Y no hay vuelta que darle. Por más que quieran los demagogos, no se puede salir de ahí. Y tan es así que a pesar de todo el ‘no volverán’ que se oye por todas partes es el efecto de lo que intentan negar.²⁴

La otra consecuencia de la acción uriburista se relacionaba con el desarrollo de la formación nacionalista. El recuerdo de Uriburu producía un efecto tautológico entre los nacionalistas creyentes, se deseaba convertir a la realidad en mito y luego se trataba de transformar el mito en una nueva realidad. Se afirmaba la realidad transformada del mito heroico de Uriburu y su carisma, y a continuación se le daban a esa ‘realidad’ inventada respuestas que fuesen compatibles con el mito. Así frente a la evidencia de que la mayor parte de la población no participaba del credo uriburista, se postulaba la realidad inventada de la popularidad de Uriburu durante su gobierno y se explicaba esa popularidad en el presente a partir de su supuesta influencia en los programas de todos los partidos, incluido el socialismo, que debido a Uriburu y su Revolución habían modificado algunas de sus concepciones “y hasta el socialismo cae en cuenta de que existe una Nación, un ejército y un espíritu argentinos”: “El recuerdo del 6 de Septiembre actúa por presencia como uno de esos invisibles fermentos catalí-

ticos que no se gastan nunca y siguen produciendo grandes efectos”.²⁵

La pensada inmanencia de la figura de Uriburu y su recuerdo permitían que el pasado fuese revivido en el presente como si nada hubiera cambiado. La repetición compulsiva del pasado uriburista, tanto en términos discursivos como prácticos, intentaba encontrar un sentido pleno en un presente que en realidad se caracterizaba por ser políticamente complicado para los nacionalistas divididos y en gran parte fuera del gobierno.

Planteado como un recurso de unidad, se pensaba que el recuerdo de Uriburu permitiría, en forma mágica, superar las recurrentes dispersiones, como sostenía el líder nacionalista Juan P. Ramos ante la tumba del general:

Todos nos dividimos en grupos, porque cada cual buscaba el camino que creyó mejor. A veces nos peleamos entre nosotros mismos, como si no fuéramos soldados de una misma causa. Pero a medida que se vino acercando la fecha del aniversario, una energía misteriosa que parecía emanar de este recinto en que descansan los grandes muertos de nuestra noble historia, puso en las almas de todos el ansia solidaria de la unión en un solo haz de fuerzas generosas y firmes. Y hoy venimos a jurar ante el jefe de ayer que estamos por emprender la cruzada vencedora que él sonó, tal vez en la hora suprema que la muerte engrandecía de martirio.²⁶

De todas formas, el mito no era siempre un factor de unión entre nacionalistas, aunque esta fuera la intención de aquellos que lo promovían, pues, como anotaba Federico Ibarguren en su diario personal el 4 de septiembre de 1933, era a veces utilizado para promover divisiones en el movimiento:

Después del éxito obtenido en el acto organizado ayer en la Recoleta por la “Legión de Mayo” en memoria del general Uriburu, parecía imposible que surgieran disidencias entre las agrupaciones nacionalistas “confederadas”. Sin embargo, la lógica no siempre acierta (...) Una grave escisión parece amenazar la vida del flamante organismo revolucionario. Ella habría surgido en el seno de la “Legión Cívica Argentina” (...) su táctica consistiría en simular un **desacuerdo doctrinario**, so pretexto de que el “proyecto programa” de Lugones (...) no es el mismo que el formulado el año 1931 por el general Uriburu (Ibarguren 1969: 193, énfasis en el original).

Estas desavenencias eran facilitadas por el hecho de que el general Uriburu y los sucesos de septiembre representaban no sólo la historia heroica del nacionalismo sino también su programa.²⁷ Debido a esto

23 *Bandera Argentina*, 6/IX/1935, p. 1.

24 *Ibidem*.

25 *Ibidem*.

26 “Discurso que podría ser programa. Palabras del doctor Juan P. Ramos ante la tumba del General”. *Bandera Argentina*, 3/V/1933, p. 1.

122 27 Ver “Discurso que podría ser programa...” (nota 28).

las nuevas propuestas debían coincidir con la ortodoxia del supuesto programa, compuesta por elementos reales del gobierno *de facto* y asimismo por los lineamientos ideológicos postulados a partir del mito de Uriburu.

Circunstancias de la realidad política eran explicadas por los nacionalistas a través de la lente del mito de Uriburu. Así en 1933, en un contexto político que no permitía pensar la posibilidad de un triunfo inminente de la recurrentemente dispersa formación nacionalista, Luis F. Gallardo de ADUNA²⁸ proclamaba “incontenible nuestro avance y nuestro seguro triunfo”. Para Gallardo era necesario pensar la forma de distribuir los cargos en un para él probable e inminente gobierno nacionalista que, inspirado en el ejemplo italiano, pues “el fascismo interpreta el sentir de nuestro siglo”, debería recordar quiénes habían colaborado con la causa y quiénes no lo habían hecho tanto:

Y todo el peso muerto de la administración y de los postulantes, se volcará instantáneamente a nuestro favor. Tratarán de superarnos en amor a nuestra causa, y de convencernos de que ya eran nuestros partidarios antes de iniciar nuestra lucha. (...) veremos a los socialistas, ya sin diputados, sin senadores, sin concejales y sin representación, ofrecer graciosamente la Casa del Pueblo a una repartición del Ministerio de la Guerra. Será pintoresco. Cuestión de desinfectarla, y ya puede servirnos (Gallardo 1933: 13).

Estas consideraciones relacionadas con la segura llegada de un porvenir largamente anhelado remitían también al campo nacionalista, y aquí aumentaban las amenazas para los que se negaban a creer en la inminencia de ese futuro: “¡Y qué decir de lo que será la avalancha de los teóricamente partidarios! Los que por carecer de fe se quedaron cómoda y egoístamente en sus casas, murmurando críticas sobre nuestros proceder, dejándonos luchar solos, con el femenino pretexto de que el hombre decente no debe mezclarse en la vida pública”. La crítica era dirigida también a aquellos que habían manipulado en su provecho el mito de Uriburu: “¡Y los que se fueron quedando en el camino, quitándonos gente por disidencias suicidas, pequeños caudillitos lamentables que giran la bandera del nacionalismo y la santa memoria del General Uriburu, para disimular sus ambiciosas aspiraciones de predominio! ¡Para ellos no habrá contemplaciones!” (*ibidem*, pp. 14-15).

El saberse protagonistas de un futuro venturoso que se proyectaba a través de un pasado inventado, que también lo era, permitía apaciguar los rencores y los sinsabores de una realidad no querida y pensada por Gallardo como “nuestra podredumbre actual”.

Este recuerdo mítico o inventado les permitía asimismo predecir y tranquilizarse con un futuro que muchos veían promisorio a pesar de las muestras de desaliento que cada tanto les producía la realidad política del país y del lugar poco central, aunque no periférico, que ocupaban en ella:

por más que en los días grises del desaliento uno se sienta inclinado al escepticismo, es evidente que el espíritu de Septiembre vibra tan intenso como siempre en el alma nacional. Antes de la Revolución el nacionalismo era una tendencia indefinida, una aspiración de ‘elites’. Hoy, merced a ese sacudimiento formidable, el nacionalismo es una doctrina, la única con vivencia expansiva en el campo de la política y lo que es más, ha pasado de las ‘elites’ al pueblo.²⁹

La articulación del pasado uriburista en términos míticos permitía a muchos nacionalistas mantenerse “seguros del juicio de la posteridad”.³⁰ Para algunos el recuerdo del “ilustre jefe” tenía un doble significado: “avivar la admiración hacia la acción patriótica y abnegada de aquél y también dejar constancia de que no ha muerto el sentimiento que hizo posible el hecho de que fue victorioso conductor el general Uriburu”.³¹

Las reacciones contra esta reinvencción forzada de un pasado notoriamente reciente fueron importantes.

Para el escritor Juan Bautista Ramos, autodefinido representante del pensamiento radical, la gesta uriburista había sido simplemente un motín, no más que un “pequeño suceso” facilitado, según Ramos, por la condición romántica del radicalismo:

una temperamental disposición del radicalismo como principal factor de aquel éxito. El triunfo de los sublevados no ha sido sino la consecuencia de una predica hecha conciencia en la Unión Cívica Radical. En el momento culminante obra aquella conciencia como una voz de mando que paralizó las voluntades para [sic] actuar con firmeza. Y todo ese resorte determinativo era ‘el horror a la sangre’ a lo que tanto se había referido el partido radical. (Ramos 1935: 45)

En discusión con los nacionalistas pero también con “la gran prensa” y los conservadores, Juan Bau-

28 Afirmación de una Nueva Argentina, creada en mayo de 1933 como organización-techo de varios grupos nacionalistas, entre ellos la ANA, la LCA y el Partido Fascista Argentino. Su duración fue breve, al igual que la de otros intentos de confederación para el nacionalismo.

29 *Bandera Argentina*, 6/IX/1935, p. 1.

30 *La Fronda*, 6/IX/1934, p. 1.

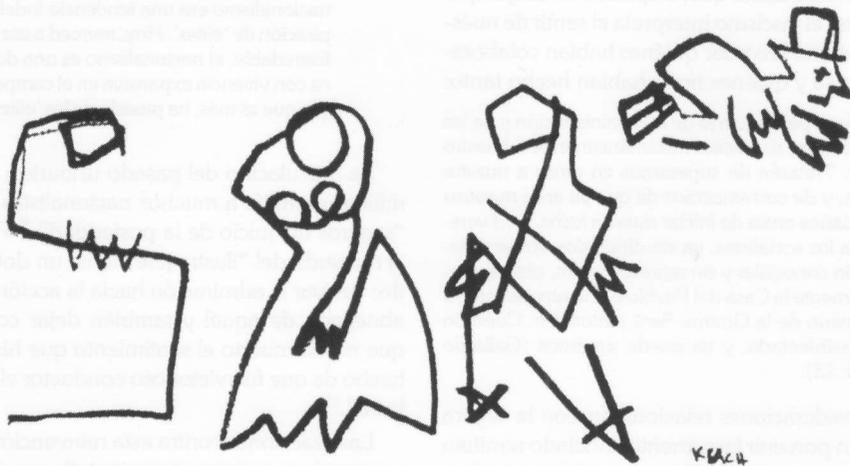
31 “El general Uriburu”, *Los Principios*, 28/IV/1935. Unos años antes, en 1932, un editorial de este diario no se mostraba tan convencido de la realidad del mito, pues señalaba que la falta de resultados políticos a la vista, es decir, la depuración de la “politiquería”, quitaba “significado y trascendencia histórica” al recuerdo del 6 de septiembre. Ver “Notas y comentarios”, *Los Principios*, 6/IX/1932, p. 2.

tista Ramos advertía: “de ninguna manera podemos referirnos con seriedad histórica a esa fecha (...) Los nuevos sucesos que vendrán, las eclosiones futuras de la vida pública, la resonancia de otros episodios, barrerán del todo el resto de su significación escasa. Es obra inútil querer inflar este globo de plomo”. Para el escritor radical, era necesario de todas formas dar una opinión histórica de “serenidad imparcial” sobre los sucesos, para disipar las mentiras promovidas por distintos grupos: “Si nos vemos forzados a entrar en él (en el globo de plomo), es porque en un vómito con sangre es fácil recoger bacilos, y no porque haya grandeza que merezca la atención y el trabajo de escribir” (*ibidem*, p. 8).

Si para Juan Bautista Ramos había lecciones históricas del golpe de septiembre y debido a ello era necesaria una historización correcta de los sucesos para los socialistas se debía esperar unos años para adquirir distancia crítica con respecto al golpe de estado y su ejecutor.

Discutiendo con diputados conservadores como Lima, quien había propuesto que en 1932 el congreso no sesionara en el aniversario del 6 de septiembre, el diputado socialista Adolfo Dickmann se preguntaba si se podía escribir en términos casi sincrónicos una historia política de los sucesos:

no debemos ser nosotros, actores candentes en este proceso que está recién en su iniciación, los que se



Para Juan Bautista Ramos, el recuerdo del golpe y de Uriburu no era más que “una nube de polvo que levantan vientos interesados”, pues a partir “de ficciones se formó un material extraordinario”. Para Ramos esto era evidente en la verdadera imagen de Uriburu, pues en ella “no hay relieves singulares de ninguna especie. Todo es común y subalterno” (*ibidem*, p. 17).

De todas formas, el intelectual radical coincidía con los nacionalistas en ver a Uriburu y al golpe como un punto de inflexión que planteaba asimismo claras alternativas políticas para el presente:

El 6 de septiembre nos ha dado una comprobación (...) Una cosa ha dejado en evidencia a la otra. Son tan distintas, tan opuestas que no dejan terrenos intermedios ni términos a mitad de expresión. Aquí hay dos fuerzas y dos almas frente a frente, en una culminación que bifurca dos etapas. Una podría ser Uriburu y todos los que acompañaron la revuelta del 6 de septiembre. La otra es el radicalismo con Hipólito Irigoyen y M.T. de Alvear al frente (*ibidem*).

Para el escritor radical, al igual que para muchos nacionalistas, la política presente era vivida a partir del recuerdo de sus próceres muertos y respectivos líderes virtuales: Uriburu e Irigoyen.

apresuren a decir la última palabra y consagrar desde ya héroes a todos los que han intervenido en ese acontecimiento histórico (...) ¿Por qué apresurar los acontecimientos de la historia? Si hay algo en la revolución del 6 de Septiembre perdurable, si hay algo (...) que tendrá significación permanente, estén tranquilos los señores diputados: la historia no se tuerce en su juicio. Si se anticipa ese juicio no siempre es el más verdadero y el más perdurable.

Para el diputado socialista, los homenajes eran prematuros pues se referían a “un acontecimiento sobre el cual tenemos nuestras dudas, aun cuando tenemos por algunas de sus figuras (...) el respeto que merece la sinceridad, hasta en el error”. Ese respeto se focalizaba sobre todo en la figura de Uriburu: “El general Uriburu ha sido el más sincero de todos los que se han equivocado en los acontecimientos políticos del 6 de Septiembre. Tan sincero que ha sabido manifestarlo antes de embarcarse en la revolución; pero habrá que hacer la historia de los que entraron en ella revelando al pueblo algunos acontecimientos aún no esclarecidos y entonces recién [sic] se podrá hacer juicio de todos los factores y discernir a cada uno su lote de responsabilidad y de gloria” (Congreso Nacional 1932: 497). Así los historiadores futuros es-

tablecerían a quién le correspondía la responsabilidad por los efectos del golpe de estado, entre los cuales el diputado destacaba las discutibles maniobras electorales del gobierno de Justo: “la historia de la revolución del 6 de Septiembre apenas está abierta en su primera página y escrito su primer capítulo, tal vez no el más glorioso” (*ibidem*, p. 498). Frente a la acusación de que los socialistas eran usufructuarios de la revolución por no haberse presentado a elecciones el radicalismo, el diputado socialista Repetto sostenía que esa situación constituía en realidad uno de los graves errores políticos del general Uriburu quien “excluyó del todo a la fuerza electoral más grande del país, lo que nos dio la oportunidad de conquistar este gran número de bancas, que ya les hemos dicho alguna vez que se las regalaremos en el número y con sus dietas correspondientes” (*ibidem*, p. 500). De todas formas Repetto coincidía con Dickmann en no “apresurarse” en emprender un juicio histórico sobre “la Revolución de Septiembre” y la figura de Uriburu, pues para Repetto alguna cosa importante había hecho Uriburu en la lucha contra la corrupción: “Ya lo ha dicho el señor diputado Dickmann: todos los méritos que haya en la obra de este hombre van a aparecer a su debido tiempo y serán reconocidos por hombres que no tengan nada que ver con la situación del gobierno y con las posiciones; de gente que no tenga nada que agradecerle a la revolución del 6 de Septiembre. Ese será el testimonio puro y valioso (...) de la posteridad para la memoria del general Uriburu, que no puede ser el testimonio de los que han heredado la situación que él creó con su esfuerzo (...) y con su valor”. Repetto sostenía que los homenajes a Uriburu sólo conseguían “achicar su figura”, “porque se apresuran a imponer a las generaciones de hoy un juicio histórico que sólo puede venir después de la madurez y de la reflexión que sólo pueden dar los años” (*ibidem*, p. 501). La postura de Repetto se relaciona en parte con una crítica más amplia a la instrumentalización política que conservadores y nacionalistas articulaban –de distinta forma y con diferentes objetivos– a partir de la figura de Uriburu. En un tono si es posible aún más conciliador que el de Repetto, el diputado socialista Enrique Dickmann, quien, a pesar de que había sido encarcelado por Uriburu junto a Repetto y otros socialistas, no ponía en duda la legitimidad del golpe de estado sino más bien sus consecuencias inmediatas: “¿Cómo vamos a abominar de la revolución del 6 de Septiembre, si los mismos radicales, los más sensatos, los más sesudos, han comprendido que fue una necesidad de esas ineludibles? Lo que nosotros hemos criticado y condenado son los propósitos post revolucionarios de go-

bierno de facto que felizmente no se han llevado a cabo tal como lo querían los fautores [sic] de la revolución” (*ibidem*, p. 505).

Para Enrique Dickmann, al igual que para sus compañeros de bancada, la discusión presente del pasado reciente de 1930 sólo podía “cavar abismos entre derecha e izquierda” y por lo tanto no era conducente en relación con sus propios objetivos políticos: “nosotros no hemos participado en la revolución, porque desconfiábamos de sus resultados; pero no la hemos condenado, y lo que se ha dicho hoy en el recinto, no es de condena para la revolución, simplemente es de compás de espera para hacer sobre ella un juicio objetivo y sereno” (*ibidem*, p. 506).

Sin contradecir los dichos de los diputados socialistas, aunque con un discurso sobre el pasado menos conciliador, dirigido no tanto a los conservadores sino sobre todo a los nacionalistas, el diario socialista *La Vanguardia* definía a estos últimos como meros “simios de la reacción criolla” imitadores del “programa de regresión fundamental” de Hitler y Mussolini y asimismo herederos de la figura de Uriburu, y los hechos de septiembre: “este movimiento estúpido, ideófobo, que, desde luego, está destinado a caer en el vacío, tiene como antecedente inmediato la política de la dictadura. Sus continuadores se han encargado de complementar estas medidas con la doctrina adecuada: ¡Nada de cultura!, ¡viva el analfabetismo!”.³² Para muchos socialistas el vínculo entre los “fascistas” y el régimen de Uriburu era innegable, pues este último les había permitido proyectarse en el escenario político del país.³³ Los lazos entre el nacionalismo y el mito uriburista eran para muchos evidentes, y asimismo para todos discutibles en los términos señalados por los Dickmann y por Repetto. *La Vanguardia* criticaba este proceso de invención del pasado y las prácticas relacionadas con él, sosteniendo que: “Es muy significativa la premura con que los reaccionarios del país quieren eternizar la memoria del general Uriburu. Parecería que temerosos del juicio de la posteridad, los que usufructuaron en mil formas el régimen uriburista quieren imponer a la fuerza el respeto al dictador”. Para el diario socialista, detrás del proyecto histórico nacionalista se encontraba una evidente intencionalidad política que pretendía legitimar la historia contada mediante ceremonias y lugares específicos:

Ignorando que sólo el tiempo da legitimidad a un homenaje y que un hombre de gran actuación pública no pasa a la historia hasta tanto no se disipen las pasiones y los intereses agitados a su alrededor [sic], los partidarios y correligionarios del responsable de la revuelta multiplican por todos lados sus

32 “La voz de orden reaccionaria”. *La Vanguardia*, 24/IV/1934, p. 1.

33 “Por qué no triunfará el fascismo en la Argentina”. *La Vanguardia*, 1/V/1934, pp. 13 y 14.

honores a Uriburu, pretendiendo que esas ceremonias honoríficas tienen validez histórica. Así han cambiado nombres de pueblos por el de general Uriburu y han dedicado innumerables calles a recordar la memoria de un revolucionario sobre cuya actuación hay mucho que hablar.³⁴

No se hicieron esperar entre los nacionalistas las respuestas a la crítica socialista respecto de sus políticas de la memoria centradas en la figura de Uriburu y en la nominación de pueblos, rutas, avenidas, calles y colegios con el nombre de Uriburu o de su Revolución. En **Bandera Argentina** se les dio una respuesta que es por demás interesante, pues nos permite observar el grado de concientización nacionalista sobre la importancia que la memoria de los “líderes” tenía en la construcción y manipulación del pasado reciente:

Los farsantes que mistifican al pueblo desde las columnas de “La Vanguardia” consideran precipitados y sin valor algunos [de] los homenajes que el pueblo argentino tributa al [sic] Uriburu en oportunidad del segundo aniversario de la revolución de septiembre y simultáneamente encuentra dignos de alabanza los que otros perdularios de la demagogia socialista realizan a la memoria del despreciable histrión que fue Juan B. Justo. Indigna y subleva hasta la repugnancia la desfachatez insolente con que esos extranjeros descalifican, usufructuarios de una ley estúpida que les concede fueros y garantías absurdos, se permiten juzgar los sentimientos argentinos, parangonando indirectamente la personalidad del héroe amado de su pueblo, la figura suprema y gloriosa del general Uriburu –figura de panteón, hermana ya de los próceres epónimos–, con la de ese pequeño teorizador de paradojas económicas, cuya personalidad, a medida que pasa el tiempo se nos desmenuza entre los dedos como un puñado de arena.³⁵

La respuesta que los nacionalistas de **Bandera Argentina** le dan al artículo publicado en **La Vanguardia** se relaciona con la aceptación, en el campo nacionalista, de que efectivamente existían varias políticas de la memoria en pugna.

Para muchos nacionalistas era válido el argumento conservador de que los socialistas eran usufructuarios del 6 de septiembre. Pero mientras que para los conservadores lo eran de las exitosas consecuencias de esa fecha, expresadas en el gobierno de Justo, para los nacionalistas el socialismo era usufructuario del desplazamiento de su Héroe:

En su deseo de tergiversar hechos probados e incontrovertibles, el periodismo rojo prosigue su campaña infamante contra la revolución de septiembre. El afán sectario que guía al socialismo se revela

como nunca en las críticas acerbas hacia el general Uriburu y sus continuadores, no pierden ocasión de derramar su bilis contra el movimiento histórico, que señaló una nueva etapa en el movimiento social y político de la Argentina. La opinión sana del país comprende la verdad de las cosas y repudia el sectarismo de “La Vanguardia” y del periodismo venal y sensacionalista, ocupados solamente en defender sus intereses materiales y en cambiar el sentido y la verdad de hechos consumados.³⁶

La respuesta de estos nacionalistas explicita la discusión de esos años sobre los términos viables para narrar y explicar el pasado reciente. Discusión que obviamente no era planteada en términos historiográficos. Como se puede inferir de dicho texto, el mito de Uriburu, “el héroe amado de su pueblo”, esa realidad inventada y reproducida continuamente mediante prácticas y rituales, era el criterio más eficaz para justificar, de forma indudablemente tautológica y no histórica, una forma de vivir políticamente el presente y una vía específica de construir el pasado.

La cuestión de la distancia crítica necesaria para interpretar el pasado no era un argumento válido para gran parte de los nacionalistas; para algunos ya había pasado “mucho tiempo después del suceso” que en 1932 “podría ser analizado fríamente a distancia”.³⁷ La cuestión de la distancia era recurrentemente descartada pues, planteada por los socialistas y, según muchos nacionalistas, por los radicales, impedía la articulación de aspectos centrales del mito uriburista. Para Villegas Oromi de la Legión de Mayo esta “postura es falsa y no tiene otro valor que el de un disimulado disfraz. Ocúltanse con esas frases efectistas, rencores, odios, y despechos”. Aquellos socialistas que la planteaban, “consideran que el movimiento del 6 de Septiembre de 1930 está demasiado cercano a nosotros para juzgarlo con la imparcialidad que requiere el juicio histórico y por ello es prematura toda consagración”. Para Villegas Oromi ese argumento se descartaba por la realidad supuestamente vivificante y popular del nacionalismo de esos años: “desengañados ya de todos los postulados del liberalismo: asqueados de la politiquería profesional: renovado el espíritu de la generación argentina que con asombro comprendió el valor de un sable cuando lo empuña un argentino de verdad. Los nacionalistas no creemos tampoco en la necesidad del transcurso del tiempo para juzgar a los hombres y a los acontecimientos”.³⁸ Esa seguridad permitía al hombre de la Legión de Mayo proyectar la grandeza del mito del pasado inventado, al presente vivido y de ahí al futuro:

34 “Homenaje con fines políticos”. *La Vanguardia*, 6/IX/1932, p. 1.

35 “La voluptuosa fruición de ser canalla”. *Bandera Argentina*, 7/IX/1932, p. 3.

36 “Los usufructuarios de la revolución de septiembre”. *Bandera Argentina*, 7/IX/1935, p. 3.

37 Ver *Bandera Argentina*, 2/IX/1932, p. 1.

38 J. A. Villegas Oromi, “La Revolución de septiembre en nuestra historia”. *Bandera Argentina*, 6/IX/1934, p. 12.

Florece entonces maravillosamente la simiente de Septiembre y la Revolución continúa y continuará hasta que se cumplan los ideales y las aspiraciones patrióticas de su jefe de entonces y su guía del presente. Puede errar el juicio histórico cuando lo dicta el pasionismo en hechos esporádicos que nada dejan y nada transforman, pero no es prematuro el fallo cuando después de cuatro años de producido un acontecimiento, no sólo él perdura, sino que se agranda y afianza con caracteres tales que, sin duda alguna, el historiador del futuro tendrá que denominar el período que arranca el 6 de septiembre de 1930, hasta el día de la transformación total: "la época revolucionaria".³⁹

Al igual que Villegas Oromi, la mayor parte de los nacionalistas creyentes en el mito de Uriburu no dudaban del juicio histórico del "historiador del futuro", como se señalaba en un poema de 1933 "Cuando a su tiempo la historia / dé su fallo justiciero, / los hechos de este guerrero / el bronce perpetuará".⁴⁰ A pesar de la sentida seguridad en el futuro "fallo justiciero" de la historia, existía, sin embargo, una necesidad reconocida y buscada de establecer y afirmar la creída veracidad de la historia mítica en el presente. Para Carulla era necesario "adelantarnos a la misma perspectiva histórica y prever sus efectos futuros para orientar de acuerdo con ellos nuestra acción o para evitar que esas repercusiones resultan bastardeadas por interpretaciones erróneas".⁴¹

Entre los postulantes de esas "interpretaciones erróneas" con las que también los nacionalistas debían discutir, estaban aquellas personas que pretendían darle al golpe de estado de septiembre de 1930 un tono más acorde con su propia participación, este es el caso, por ejemplo, del diario *Crítica* y de su director Natalio Botana, que venía denunciando la acción represora de la dictadura y que tenía coherentemente una versión distinta de los sucesos.⁴²

A Botana se le criticaba su condición de extranjero pues era, según algunos, un "judío uruguayo",⁴³ situación que lo inhabilitaba para opinar sobre la figura esencialmente argentina del héroe: "el general Uriburu sólo puede ser considerado como el salvador de la patria por los argentinos".⁴⁴ A los articulistas de *Crítica* se los consideraba comunistas, judíos y pornógrafos.⁴⁵ Según el mismo mecanismo explicativo usado con los socialistas, al no reconocer en su relato sobre los acontecimientos aquellas características esenciales del mito de Uriburu recientemente cons-

truido, Botana negaba las verdades que el mito representaba y por lo tanto discutía la política nacionalista pensada en parte como la puesta en práctica de los designios reales e imaginados de Uriburu. Para los autodefinidos nacionalistas y fascistas reunidos alrededor de *Crisol* y *Bandera Argentina* (los dos diarios de extrema derecha más populares durante la década del '30), al no reconocer las "verdades históricas" que el mito de Uriburu representaba, el diario de Botana ocultaba la verdadera historia de los sucesos y pretendía apropiarse de la memoria de la revolución: "Botana habla con pasmosa frescura, y, dada su conocida irresponsabilidad, a nadie puede asombrar su actitud. No es exacto que la revolución de septiembre la haya hecho el pueblo: la hizo él ejército con el general Uriburu a la cabeza." Para los nacionalistas solo era aceptable la historia marcial y violenta que el mito proponía:

Es inútil que "Crítica" pretenda desfigurar la historia, para llevar a su covacha un gajo de Laurel [sic], que no han sabido y son a todas luces incapaces de conquistarlo. Es con balas, con ametralladoras y con disciplina militar como se hacen las revoluciones, y no con la lengua, que fue la única arma que en vísperas del 6 de septiembre esgrimieron Botana y sus amigos los socialistas independientes.⁴⁶

En este sentido, era evidente para los nacionalistas que el diario *Crítica* propugnaba una política de la memoria del pasado reciente bastante diferente a la suya. Al negar la realidad del mito de Uriburu, Botana era demonizado pues su negativa atentaba contra un importante conjunto de representaciones vividas a través del mito. Es ejemplar en este sentido una carta abierta a Botana escrita por Eduardo Maestropaulo y por J. L. Navarret, presidente y secretario de la Asociación Nacionalista de Flores: "Correspondiendo a su ardiente deseo de hacernos propaganda mediante la publicación de sus jocosas apreciaciones, nos es grato comunicarle que la Asociación Nacionalista de Flores tiene como principios básicos los de la gloriosa revolución del 6 de septiembre, de la que alguna vez ha pretendido usted jactarse de ser uno de los autores". Para estos nacionalistas el extranjero Botana corrompía la conciencia del pueblo al atentar contra

nuestra trilogía sublime de Dios, de patria y hogar, ofende en los [sic] más profundo la tradición argentina y la de toda nación civilizada. (...) Queremos que los extranjeros que no estén cómodos y que en

39 *Ibidem*.

40 Eduardo Gómez Langehein, "En la muerte del Gral. José F. Uriburu". *Bandera Argentina*, 6/IX/1934, p. 8.

41 Juan E. Carulla, "En el tercer aniversario. Historia y política". *Bandera Argentina*, 28-29/IV/1935, p. 1.

42 Sylvia Saïtta ha tratado originalmente este tema (1998: 262-266). El día del golpe el diario de Botana había dicho: "Finalizó, por fin, la trágica pesadilla: el país es libre" (*Crítica*, 6/IX/1930, p. 2).

43 "Legión y Contralegión". *Bandera Argentina*, 15/X/1932, p. 1.

44 "El Tábano renguea". *Bandera Argentina*, 8/IX/1932, p. 1.

45 "Los literatos de Crítica y su influencia negativa". *Bandera Argentina*, 13/IX/1933, p. 2.

46 "La revolución de Septiembre y los charlatanes rojos". *Bandera Argentina*, 7 de septiembre. 1932, p. 4.

su tierra tengan implantados los sistemas utópicos y extremos, vuelvan a su "Paraíso Perdido" y nos dejen tranquilos labrando nuestra grandeza en unión de los extranjeros dignos, que nos quieran bien. Sin otro particular, nos complacemos en saludarlo, aun a riesgo de que nuestro saludo "fascista" le desagrade.⁴⁷

La disputa por el establecimiento de una política de la memoria de los sucesos de Septiembre y de la figura histórica de Uriburu permiten apreciar las dimensiones públicas del proyecto mítico nacionalista.

Todos estos relatos configuran una narrativa que es histórica pero no es historiográfica. En esta narrativa el pasado, el presente y el futuro se presentan en términos excesivamente imaginativos. La historia nacional del futuro se entiende míticamente a partir de una realidad pasada y presente, en parte inventada y en parte real, que postula el liderazgo absoluto

de Uriburu. Mediante esta política de la memoria, los nacionalistas se sirvieron de los recuerdos y de las proyecciones imaginativas de la memoria contemporánea para crear un relato autorreferencial en esencia y por lo tanto extremadamente coherente. En nombre de este relato histórico y mítico, los fascistas argentinos se fijaron un mito fundador violento y autoritario que pasó a ser un elemento central del imaginario nacionalista y fascista argentino de los años treinta. Un relato que en imaginada coincidencia con el "historiador del futuro" redefinía la historia y la memoria del golpe de Estado uriburista en términos programáticos pero también teleológicos. Era esta una redefinición que para estos grupos sólo podía confirmar el advenimiento en el futuro cercano, de la Argentina violenta y autoritaria que ellos proponían.



REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Fuentes Primarias

Diarios:

Bandera Argentina, Crisol, Crítica, La Fronda, Los Principios, La Vanguardia.

Fuentes editas:

Carulla, Juan E. (1931). *Valor ético de la Revolución del seis de septiembre*. Buenos Aires.

Congreso Nacional (1932). *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Tomo V. Buenos Aires.

Gallardo, Luis F. (1933). *La Mística del Adunismo*. Buenos Aires.

Ibarguren, Federico (1969). *Orígenes del nacionalismo argentino 1927-1937*. Buenos Aires: Celsius.

Ramos, Juan Bautista (1935). *La tragedia de una algarada*. Un comentario a la revolución del 6 de septiembre de 1930, como contribución del pensamiento radical al ensayo de la sociología argentina. Buenos Aires: Editorial Radicalismo Nuevo.

Silveyra, Carlos M. (1933). *Historia y desarrollo del comunismo en nuestro país*. (Anexo a *Revista Militar*, n° 385).

Libros y artículos

Buchrucker, Cristián (1987). *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana.

Finchelstein, Federico (2000). "Los nacionalistas: rituales y prácticas sociales y culturales. El caso del mito del general Uriburu (1932-1936)". Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Finchelstein, Federico (en prensa). "Sexo, raza y nacionalismo. La construcción católica del estereotipo corporal judío", en Tucci Carneiro, María Luiza (ed.) *Antisemitismo nas Americas*, São Paulo.

Lvovich, Daniel (2001). "Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1919-1945: representaciones, discursos, prácticas". Tesis de Doctorado en Historia. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

McGee Deutsch, Sandra (1986). "The Argentine Right and the Jews 1919-1933". *Journal of Latin American Studies* 18-1.

— (1999). *Las Derechas - The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press.

McGee Deutsch, Sandra y Dolkart, Ronald (eds.) (1993). *The Argentine Right. Its History and intellectual origins, 1910 to the present*. Wilmington, DE: SR Books.

Navarro Gerassi, Marysa (1968). *Los Nacionalistas*. Buenos Aires: Jorge Alvarez

Saifta, Sylvia (1998). *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana.

Senkman, Leonardo (comp.) (1989). *El antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: CEAL.

Spektorowski, Alberto (1990). "Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera". E.I.A.L II-1.

— (1990b). "Los orígenes intelectuales del antisemitismo en la derecha nacionalista argentina. Los casos de J. Meinville, R. Doll y E. Osés" en Autores Varios, *Ensayos sobre judaísmo latinoamericano*, Buenos Aires: Milá.

— (1994a). "The Ideological Origins of Right and Left Nationalism in Argentina, 1930-43". *Journal of Contemporary History* 29-1.

— (1994b). "Argentina y Uruguay ante el Fascismo y la Segunda Guerra Mundial" en Beatriz Gurevich y Carlos Escudé (comps.), *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*. Buenos Aires: Gel.

— (1993). "La imagen del judío en las corrientes integralistas y populistas del nacionalismo argentino: M. Gálvez, R. Doll y L. Dellepiane" en Amilat (eds.), *Judaica Latinoamericana. Estudios histórico-sociales II*, Jerusalén: Magnes.

Zuleta Alvarez, Enrique (1975). *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla.